

Y así como el pasado me fué grato, el porvenir me sonríe prometiéndome lo que le pido y que no es ni la Fortuna, ni la Gloria, sino únicamente una mano blanca que me acaricie y la fuerza necesaria para convertir en frases pintorescas los ensueños de mi quimera.

¡Las frases! Usted que tantas tan lindas ha hecho, sabe mejor que nadie lo que consuelan. Son nuestro opio. Compóniéndolas, nos olvidamos del dolor universal. Los que se consagran á ellas por completo y las cultivan como flores, viven ebrios de su perfume. Mi pobre amigo Oscar Wilde resistió, gracias á ellas, tormentos que por lo regular matan al que los sufre.

¡Las frases! En caso de que algunas de las mías logren hacer durar mi nombre y mi obra, este libro será siempre leído con curiosidad, pues en él están resumidas las impresiones que experimentó un artista durante cinco años de juventud y de labor.

... Es un libro de alma, y con el alma le ofrezco á usted.

E. G. C.

Paris, 30 de septiembre de 1899.

SENSACIONES

DE PARIS Y DE MADRID

SÁBADO. — Estoy en mi casa solariega, en plena frontera, en la Fuenterrabía de mis abuelos, que parece, vista de lejos, sobre la montaña azul, bajo el cielo púrpura de la tarde, un castillo de teatro.

¡Fuenterrabía! No creo que exista en el mundo un recuerdo gótico más bello; no creo que haya un ramillete de torreones en ruina más medieval, más poético, más evocador de sombras graves y silenciosas, que esta ciudad casi muerta, casi derruida, con sus callejuelas negras y tortuosas que suben siempre hacia la iglesia como para recibir la extremaunción, que suben y se retuercen, ante la amenaza de las vetustas casas agrietadas y de las torres que desde la cima parecen prepararse á la suprema caída — que suben, desiertas, abandonadas, tristes de la tristeza de la agonía, entre ventanillas simétricas y herméticas á las cuales ningún rostro se asoma, que ninguna luz ilumina, que parecen cerradas por manos ya muertas, por manos de siglos muertos, cerradas para siempre...

El cielo mismo que allá, del otro lado del río, es rojo con tonos de incendio en la apoteosis del sol

poniente, toma al cubrir aquí las torres negras y enmohecidas, un color indeciso, un matiz melancólico de tela muy antigua, de raso marchito y manchado.

¡Fuenterrabía la muerta! Bajo sus arcos esculpidos, en los callejones sin luz, frente á los escudos de piedra que coronan las fachadas, en la tranquilidad augusta del crepúsculo, todo el pasado del mundo y todo mi propio pasado surgen y me alucinan. Aquí un gran señor del siglo XIV vino á establecerse, ya muy viejo, para esconder detrás de los muros de la iglesia sus tristezas y sus desilusiones, para endulzar la monotonía cruel de la vida inútil con el espectáculo de los altos montes azules. Su fantasma acaba de aparecer ante mí, alto, flaco, con las manos exangües, la piel apergaminada, los ojos brillantes como brasas. Y al no más encontrarme con él, le quise, porque le vi sufrir, porque sus párpados estaban llenos de lágrimas, porque en las noches de su vigilia eterna, una sombra femenina le acompaña cual un remordimiento. ¡Pobre gran señor! Su sombra quejábese en la obscuridad y me decía, con palabras lamentables, con acento de gemido, el secreto de su melancolía. Era el alma doliente de la ciudad...



DOMINGO. — Burdeos, á las seis de la tarde, en plena estación primaveral, cuando las nobles cosecheras vuelven de la plaza de toros en sus carrozas anticuadas; Burdeos, la ciudad patricia y orgullosa cuyo aspecto es más bien de gran capital desierta

que de ciudad provinciana y comerciante; Burdeos y sus avenidas inmensas, y sus inmensos edificios de piedra, y su teatro admirable y sus muelles cubiertos de barricas gigantescas en las cuales diríase que los ingleses van á transportar todo el agua del claro Gironda para limpiar el Támesis glauco y lento; Burdeos vestido de domingo, con trajes de corte británico que esconden mal las almas meridionales del admirable pueblo gascón... Burdeos casi española...

En los corrillos se habla de Guerrita y de Minuto, de Robert y de Mazzantini; se habla también de *verónicas* y de *golletazos* y de *muletas* y de *tomar varas*; y las charlas generales, por el asunto, por el acento y por los ademanes, me hacen creer que aún estoy en España, en Madrid mismo — un Madrid más grande, más limpio, más moderno, en fin, pero tan torero como el nuestro y como el nuestro verboso y gesticulador.

En el teatro municipal, *Cyrano*, cual en Madrid, pero sin María Guerrero. — Y en los anuncios de la próxima temporada de Bufos, la promesa de la bella Guerrero, que tampoco es María sino Rosario, la única que conocen los franceses, la rival de la Otero y de la Tortojada, la más linda, la más fina y la más española de cuantas en París hacen profesión de serlo.

Yo la conocí cuando llegó, humilde, con sus hijos, sus hermanas y su madre; la vi debutar en Olimpia; la vi subir, subir; y luego la perdí de vista...

Hoy la *Petite Gironda* da al mundo la noticia de que en un café parisiense « las bellas Otero y Guerrero se arañaron por rivalidades artísticas »... ¿Artísticas?... *Ars amandi*...

*
* *

MIÉRCOLES. — ¡Versalles! un minuto de parada ante el noble Parque real, frente á la masa rojiza y gris del palacio... Luego París... ¡París! Dios sabe cuántos años de parada... probablemente toda mi vida, salvo las intermitencias necesarias para ir á dar un abrazo á los compañeros de Madrid, para ir á intrigar, como dicen en Barcelona, para ir á hacerme banquetear, como dice Bonafoux... ¡París!... ¡París!... Y á medida que nos aproximamos y que las cúpulas y las torres se destacan más fijamente en el aire ligero de la tarde, un estremecimiento sacude á los viajeros, de un confín á otro del express. Todos quieren percibir desde lejos el gigantesco candelero de Eiffel, todos están impacientes, todos sienten en el fondo del alma la atracción alucinadora de la gran capital de los locos, de los artistas, de las cortesanas; de la ciudad de las lilas; de la ciudad de las rosas y de los escándalos, de la gran divertidora y de la gran preocupadora de la humanidad; de la villa nerviosa y multiforme que es á veces cerebro y á veces sexo; que ríe y ruga y que no se duerme nunca con ese sueño que hace olvidar á las demás capitales; París la esfinge, la insondable, la aldea mujer que se entrega sin dejarse ver, que tiene algo de misteriosa cual Eleusis, que es campechana como Atenas, que es noble como Roma; que lo es todo: que es invisible, que es incomprensible, que es implacable; que levanta todos los días mil estatuas para

derrribarlas al día siguiente; que se vuelve loca ante el caballo negro de Boulanger, que apedrea á Zola, que se acuerda de haber guillotinado reyes y reinas, que es grande y pequeña á un tiempo mismo... ¡París!... ¡París!... Y mientras el tren corre por las campiñas ya cubiertas de violetas y de amapolas, el pensamiento de los que llegamos corre también, formando proyectos balzacianos de conquista y de conquistas.

*
* *

VIERNES. — Acaba de morir, en una ciudad lejana, el gentil hombre tabernero Rodolfo Salis, gobernador de la Torre de Nantré y señor de Chat-Noir-Ville.

Murió al principar una excursión artística y tuvo la suerte de morir, como había vivido, rodeado de sus poetas, de sus músicos, de sus cancioneros y de sus pintores.

Porque Salis, que no fué ni rey ni príncipe, formó, como los monarcas de la leyenda, una corte de artistas que vivían á su lado y que celebraban su gloria.

¿Fué al menos un millonario? — No; tampoco fué un millonario.

Fué sencillamente un hombre de *esprit*.

Algunos días antes de marcharse de París, me dijo:

— Iré á todas partes: á Bélgica, á Holanda, á Tarrascón, á Burdeos, á Tolosa, á Barcelona... y tal vez llegaré hasta España...

Pompeyo Gener, que saboreaba á mi lado una copa

de aguardiente de Nantré, sonrió separatistamente.

Diez ó doce años después de la guerra y de la Comuna, cuando París, cansado ya de escuchar el sempiterno sermón patriótico de Gambetta y el monótono canto guerrero de Deroulède, quiso divertirse de nuevo, volvió los ojos hacia el boulevard y hacia el barrio Latino.

Pero ya el boulevard no era el mismo: había envejecido; se había llenado de Bancos judíos, de cervecerías belgas, de bazares americanos y de hoteles cosmopolitas; se había convertido en una calle comercial, por la cual todo el mundo pasaba deprisa yendo á la Bolsa ó volviendo de Londres, sin tiempo para saludar, sin humor para sonreír, vulgarmente, en fin, con las manos en los bolsillos y las solapas vírgenes de flores.

Tampoco el barrio Latino era ya el mismo. Vosotros, los que lo conocisteis hace treinta años, y que ahora sois médicos en un pueblo lejano, no volváis á verlo, porque no le reconoceríais: no suspiréis por él, porque ya no existe; no digáis vuestros recuerdos, porque no os creerán. Allí está el barrio Latino, siempre muy lejos, siempre del otro lado del río, siempre poblado de estudiantes que rien á careajadas y de muchachas que sonrien discretamente. Pero ahora los chicos ya no se llaman Marcelos ó Rodolfos, ni fuman pipas, ni llevan boinas de terciopelo, sino que son hijos de generales chilenos ó de banqueros turcos, y van de levita, y no salen sino los sábados, y hacen economías. También las chicas han cambiado, y en vez de ser las Mimis y las Phémis de antaño, son Blancas de Nevers ó duquesas de Roncesvalles. — El rastacuerismo triunfa en todos los lugares

visibles: rastacuerismo en los grandes edificios del Boul' Mich'; rastacuerismo en las tabernas decoradas como teatros de Nueva York; rastacuerismo en las nuevas alamedas del divino jardín del Luxemburgo; *rastacuerismo* en la flamante fábrica de la Sorbona; rastacuerismo en el alma de los estudiantes y aun en las costumbres neo-bohemias. Es cierto que aún quedan en la calle Monsieur le Prince y en la montaña de Santa Genoveva algunos vestigios del país loco, sencillo y generoso de que nos habló Murger en su alegre cuento; pero, ¿quién va tan lejos? Para los parisienses el barrio Latino principia en la plaza de San Miguel y acaba en el Panteón.

Así, pues, tampoco el barrio de las escuelas podía servir para erigir nuevos templos del placer de Lutecia.

¿Qué hacer?

Un aprendiz de pintor llamado Rodolfo Salis resolvió el problema descubriendo el territorio propicio para edificar el santuario del arte frívolo. Rodolfo Salis descubrió Montmartre.

Hace cincuenta años Montmartre era un suburbio lejano. Hoy Montmartre es el barrio más parisiense de París. Ser parisiense «es un título», según Augusto de Armas; ser montmartrés es más que ser parisiense. Los montmartreses ven á los parisienses como los parisienses ven á los provincianos. En París hay veinte teatros; en Montmartre hay ciento. Los teatros de París hacen dormir; los de Montmartre quitan el sueño.

... Y todas las noches el boulevard, el barrio de las escuelas, el barrio de Montparnasse y todos los demás barrios de la capital, suben á Montmartre por

la calle de los Mártires en busca de risas y de sonrisas, y de canciones, y de caricias, y de aventuras, y también de amor. « Los que no han visto á Sevilla — dice un refrán nuestro — no han visto maravilla. » Los montmartreses son más orgullosos, y aseguran que « el que no vive en Montmartre no vive ». Lo más humilde que tienen los montmartreses es su canto popular, que principia diciendo :

Montmartre es la mitad del mundo,
y Paris es la otra mitad.

Pero si les preguntais cuál de las dos mitades es mejor, os responderán sin vacilar : « ¡ Montmartre ! »

Salis fundó en ese hemisferio de la capital del placer el primer café artístico del mundo, el *Chat Noir* : un par de salitas en que cabían doscientas personas apenas, y por las cuales, no obstante, pasaron todos los príncipes y todos los grandes duques del universo.

Yo conocí el *Chat Noir* en la época de su decadencia (no todos podemos ser tan viejos como Blasco), cuando ya cien reyes rivales habían levantado en la colina sagrada cien baluartes del *esprit* parisiense. El sitio era delicioso por su discreción, por su elegancia, por su sencillez (¿ te acuerdas, Liliana ?)... En los muros, algunos cuadros del irónico Willette y del cruel Stenlein ; en el fondo, una inmensa chimenea de Grasset ; luego, sobre las mesas y los armarios, las águilas de Carán d'Ache y los trofeos traídos de los cuatro extremos del mundo, como homenaje al Gran Señor Taberno. Los mozos, vestidos á veces de académicos y á veces de ministros, ser-

vían los *bocks* con una cortesía caballeresca. El público se amontonaba alrededor de las mesas medievales, considerándose feliz cuando á la una de la mañana no estaba aún asfixiado.

... Y en medio de esa multitud ruidosa, la silueta rubia y delgada de Salis deslizábase ágil y elegante, yendo de un extremo á otro y llevando siempre á sus clientes una reverencia majestuosa, una broma delicada, una reflexión burlona, un consejo polichinelesco, una flor irónica ó un discurso lleno de paradojas, de retórica envenenada y de buen humor parisiense.

La elocuencia de Salis era abrumadora. Cuando se ponía de pie sobre un taburete y empezaba á hablar en voz alta dirigiéndose á las « honestas damas », las imágenes brotaban de sus labios en giros irónicos y complicados, como una de esas caravanas interminables y grotescas de los cuadros de Carán d'Ache. Nunca una insolencia cual las que oyen con regocijo en el Mirlitón las duquesas admiradoras de Bruant ; nunca un periodo inflado, no ; todo en sus charivaris era fino, florido, discreto y suavemente sarcástico.

Salis se burlaba de todo el mundo en sus propias barbas ; y para que nadie pudiera enfadarse, había adoptado el sistema que en España se nos figura invención de don Juan Valera, y que consiste en comenzar burlándose de sí mismo.

Me acuerdo que una noche el gentil hombre tabernero echó de ver que entre los parroquianos de su café había un agente de la policía secreta ; desde muy temprano comenzó á ser amable con él, á envolverle en la red de sus melosas cortesías ; luego, cuando la sala estuvo llena, púsose de pie y dirigió

al enviado de la autoridad un discurso sobre la diplomacia florentina, lleno de alusiones sangrientas contra los espías. Al cabo de media hora el pobre inspector, colorado como una fresa, abandonó su puesto.

El jefe de la Seguridad parisiense, Gorón, ha confesado más tarde que desde esa noche los agentes de la policía secreta preferían ir á una taberna de asesinos y exponerse á recibir una puñalada, á asistir á las fiestas del Chat Noir y exponerse á ser víctimas de la ironía histórica de Salis.

Salis muere joven, lleno de vida, de ilusiones, de deseos, de esperanzas. Muere á los cuarenta años de edad, y con él mueren muchas noches de regocijo que París se había prometido y que él había prometido á París.

Se va con el cerebro lleno de combinaciones ingeniosas y de planes fantásticos.

Al rechazarle su óbolo, Carón debe de haber recibido, junto con la pieza de oro que Salis tuvo siempre á la disposición de los amigos, un discurso que sin duda le hizo sonreír desagradablemente. Y cuando en el ameno infierno de Luciano, Taine, Renán y Hugo le vieron entrar, es probable que le acogieron con cariñosas sonrisas. Porque Salis llevaba una excelente recomendación: la de Jules Lemaitre, que fué su amigo y que sigue siendo su admirador...

*
* *

SÁBADO. — En los « ecos teatrales » de esta mañana, veo la noticia de la próxima entrada de Eve-

line Janney al Chatelet. Un cronista la llama Evelina la rubia.

¿La rubia? Cuando yo la conocí, hace tiempo, en casa de Jean Lorrain, todos la llamaban Evelina la morena.

Pero rubia ó morena, en el Chatelet ó en el Carrillón, es la artista deliciosa que embellece lo que canta, que hace idolatrar lo adorable, que hace aplaudir lo mediano, que hace perdonar lo malo y que con una sonrisa y un mirada, nada más que con eso, sin perfil, sin corrección en las facciones, con una mirada y con una sonrisa, en fin, logra parecer la más bonita de las mujeres, la más delicada de las figulinas parisienses, la más seductora de las damiselas de opereta.

¡Evelina la rubia!... Como título para una novela, ninguno tan elegante. Y la novela misma podría ser deliciosa, si fuese la de Evelina — una novela de elegancia y de frivolidad exterior, con un fondo de ternura intensa, de verdadero amor y tal vez, también, de sacrificios ignorados y de esfuerzos secretos...

*
* *

LUNES. — No hace aun dos meses que Jorge Rodenbach dejó de existir, y ya los belgas, sus compatriotas, piensan en levantarle una estatua.

Rodenbach fué el poeta del silencio, de los paisajes velados y brumosos, de las ciudades muertas, de los antiguos campanarios enmudecidos por el tiem-

po, de los días crepusculares, sin sol, sin color, sin vida. Sus cuadros, lívidos cual una pradera de antiguo simbolista, confunden su alma vaga y dulce con el alma de los personajes que viven en ellos y que en ellos se mueven como sombras desteñidas en el fondo pálido de una antiquísima tapicería.

¡El silencio!

« Tal como yo lo concibo — dice Rodenbach — el teatro moderno trataría, sobre todo, de crear una atmósfera de ensueños silenciosos é influiría en el alma más que en el cerebro, y en la sensibilidad más que en la reflexión. Cuando uno sueña y calla, existe más profundamente que cuando habla y obra. »

¿Os acordáis de *Le Voile*? Para curarle de la enfermedad que le tiene postrado en el lecho, entre la vida y la muerte, ha venido una religiosa de cierto convento flamenco, en el cual las esposas del Señor no se cortan la cabellera, sino que la esconden sencillamente entre las inmensas alas blancas de un velo nupcial. Viéndola siempre á su lado, sintiendo á cada instante el contacto de sus manos inmaculadas, creyendo á veces percibir el aroma sutil de su carne de mártir, agonizando bajo la influencia exclusiva de su mística belleza, en fin, el enfermo llega á enamorarse de la enfermera. Y piensa: « ¡Oh! ver sus cabellos, tocarlos, respirarlos un instante. » Poco á poco, en el mudo desarrollo de la acción, el amor fetichista va exasperándose hasta llegar al delirio... « ¡Ver sus cabellos!... » Una mañana, de pronto, la religiosa aparece ante él, en un rato de olvido, con su rubia melena libre y flotante. La satisfacción del deseo mata el amor en el alma caprichosa del enfermo.

El asunto no es nada ó casi nada — tal vez un proverbio — y, sin embargo, la obra es admirable, gracias á la atmósfera de fantasmagoría silenciosa que envuelve todas las escenas. Los versos mismos, á pesar de sus rimas perfectas, suenan calladamente con sonoridades lejanas, con velados acordes, con dulzuras sobrenaturales y con tristezas enigmáticas, como las moribundas baladas de Verhaerent :

Et doucement répond et se plaint à son tour
A travers le silence entier que l'heure apporte
Et tout à coup se tait, croyant que dans la tour
L'agonie est éteinte et que la cloche est morte...

Esta literatura vaga y apagada que produce una sensación silenciosa, no es únicamente la obra de ciertos temperamentos artísticos y de determinadísimas sensibilidades enfermizas, sino también el resultado de toda una teoría estética: la teoría del silencio.

« La palabra — dijo Carlyle — es grande y bella, pero más grande aún y más bello es el Silencio, rey del ensueño. »

*
* *

MIÉRCOLES. — Bonafoux viene á despertarme y sin esperar siquiera que yo haya abierto los ojos, comienza á indignarse contra las infamias de nuestro oficio.

De pie, junto á mi cama, en la penumbra del dormitorio, la silueta delgada y morena del genial cronista se esfuma y parece una línea gris realzada ape-

nas por los lentes de oro que cabalgan en su nariz y por la cinta roja que resplandece en el ojal de su gabán.

Primero me habla de Blasco, y blandiendo un número de *El Nacional*, me dice:

— Mientras ese hombre esté en Madrid es imposible escribir crónicas parisienses. Porque figúrese usted... Muere aquí el presidente de la república ó el nuncio del papa, y usted toma un coche y sale disparado á buscar los periódicos de la noche y á preguntar á todo el mundo si hay alguna noticia nueva, y en seguida escribe su croniquilla que en menos de veinticuatro minutos pasa de la mesa del café al buzón del correo. ¡Y llega tarde!... Llega tarde, porque el telégrafo ha dicho en la misma noche á los madrileños la noticia, y á la mañana siguiente ya Blasco ha escrito su crónica: « Éramos íntimos amigos, le conocí en *El Figaro*, adonde él venía á verme todos los días acompañado por sus ministros... »

Como el discurso me interesa, levántome y principio mi *toilette*.

Bonafoux continúa:

— Y Fuente sigue siendo un guasón .. ¿Ha visto usted *El País* de hoy?... Pues véalo usted, porque merece ser visto. Trae nada menos que la primera entrega de las obras de Edgardo Poe, con prólogo de Rubén Darío... ¡Poe prologado, es decir, recomendado, presentado por Darío!... Verdaderamente es para morir de risa... Ahora ya no falta sino que el joven Cordero de Puerto Rico venga á *prefaci*ar á Victor Hugo... ¡Pero qué guasón es Fuente!...

Mientras Bonafoux habla, yo me lavo las manos...

*
*
*

JUEVES. — En casa de un vendedor de carteles artísticos, acabo de ver el que Santiago Roussignol dibujó para *Interior* de Maeterlinck, en la reproducción publicada por *La Vida Literaria*.

En Madrid no debe de haber gustado ese cartel, como tampoco gustará la pieza que en él se anuncia. *Interior* es por demás refinado para el público que aplaude *Cyrano*, y los directores del Teatro Artístico habrían quizás hecho mejor, desde el punto de vista de la *tuquilla*, en anunciar *Peleas y Melisanda* del mismo poeta.

Gonland, hijo del rey, encuentra en el bosque á Melisanda, que llora silenciosamente al borde del estanque, que llora tristemente su corona perdida. « ¡Pobre virgen! » murmura el príncipe, y lleno de piedad y de emoción, la conduce á su palacio y la hace su esposa. Pero Gonland comienza ya á ser viejo, mientras su hermano Peleas apenas principia á ser joven. Peleas y Melisanda se adoran en silencio, sin decirse nunca con los labios, diciéndose eternamente con los ojos... El idilio mudo, en el cual sólo las miradas y las lágrimas son elocuentes, dura largo tiempo. Al fin Gonland descubre la pasión de su hermano y de su esposa y les mata á ambos.

Tal es la pieza. Desde el punto de vista de los productos, sería mejor que *Interior*. También lo sería desde el punto de vista artístico, pues entre todas las de Maeterlinck, es la que más gráficamente nos

revela el alma del poeta. Todo en *Pelear y Melisanda* es sencillo y natural como una fábula de Molière, y, sin embargo, su desarrollo llega á producir una obsesión inmensa de locura, de misterio y de terror.

¡Pobres amantes! Sin reflexión y sin conciencia, échanse el uno en brazos del otro y confunden sus almas y mezclan sus alientos y se convierten en un ser único, cual dos animales fantásticos que simbolizasen el eterno poder del deseo y del sentimiento!

Lo mismo que Rodenbach, Maeterlinck es un poeta del silencio y sus doctrinas están resumidas en las siguientes líneas: « ¿Qué es el verdadero teatro sino la vida casi inmóvil? En general debe suprimirse toda acción, hasta la psicológica que es muy superior á la otra, con objeto de no dejar subsistir sino el interés que despierta la situación del hombre en el universo. No vivimos entre bárbaros, y el ser humano no se mueve en medio de pasiones, entre pasiones visibles que son las peores. Tenemos tiempo para verle cuando descansa y sueña. No busquemos un instante de su existencia, sino toda su existencia. Las leyes más venerables son discretas, lentas, silenciosas y no se perciben sino en el crepúsculo y en el recogimiento de las horas tranquilas. »

*
* *

SÁBADO. — El doctor Tolosa Latour y el doctor Torrecilla descubren en este momento el color de las palabras y el sonido de los colores.

En París ese asunto fué muy discutido hace diez años, no por los médicos sino por los poetas, y todos recuerdan aún el célebre soneto en que Arturo Rimbaud trataba de probar que la A es negra, la E blanca, la I roja, la O azul y la U verde.

René Ghil, por su parte, dijo lo siguiente en su *Traité du Verbe*:

« Aceptando las soberanías, las arpas son blancas y azules son los violines, azules con fosforescencias que indican el paroxismo, y en la plenitud de las ovaciones los instrumentos de cobre son rojos; las flautas amarillas modulan ingenuamente y se espantan ante la púrpura de los labios. El órgano, síntesis de los instrumentos sencillos, es negro y llora. »

Lo malo es que René Ghil y Artur Rimbaud no pudieron nunca ponerse de acuerdo, pues mientras este último decía que la *o* es azul, la *u* verde y la *i* roja, el primero aseguraba que la *i* es amarilla, la *o* roja y la *u* azul.

Otro poeta estableció las correspondencias que existen entre los instrumentos y las vocales, diciendo que la A representa el órgano, la E el arpa, la I el violín, la O los cobres y la U la flauta.

En España el doctor Torrecilla y mi amigo Baroja se apartan de las teorías de Ghil y de Rimbaud y colorean las vocales de una nueva manera, á saber: A blanca, E amarilla, I encarnada, O negra y U azul.

Tal vez quien más razón lleva en esta discusión es el doctor Tolosa Latour, cuya teoría consiste en no tener ninguna.

*
*
*

VIERNES. — En Francia, lo mismo que en España, los dramaturgos se quejan de lo raro que es encontrar una actriz con talento. Es necesario confesar, sin embargo, que en España se quejan con más razón que en Francia y que Benavente es más desgraciado que Lavedan.

Para los papeles solemnes, en efecto, allí está la Guerrero que es nuestra Sarah Bernhard, como Galdós es nuestro Zola y Picón nuestro Bourget; para figurar comadres regocijadas y buenas tías de sainete, la Valverde vive aún; y para ser la elegante burguesa recién casada, Rosario Pino sigue siendo joven. ¿Pero á quién confiar sin temores de fracaso un papel de coqueta moderna, de mujer inteligente é inquieta y no « de una pieza » sino llena de matices, vertebrada como el alma nueva y como el alma nueva sinuosa? — ¡Á cualquiera! dirá con resignación irónica el psicólogo del *Marido de la Tellez*. Es verdad y es fatal: ¡á cualquiera!

En París, al menos, aún quedan tres ó cuatro comediantas de raza, que han leído á Diderot, que tienen corazón, nervios y cerebro, y que saben ser en las tablas, ante el público todo, felinas y femeninas como las actrices del siglo xviii, cuyas siluetas evocadas por la pluma mágica de Goncourt debieran servir de modelo á todas las que quieren ser al mismo tiempo humanas y divinas en el teatro.

Entre esas actrices modernas, la más admirable sin duda, es la Rejane.

Yo acabo de verla en el *Livio Rojo* de Anatole France, representando el papel de Teresa, siendo humilde y altanera, cruel y clemente, apasionada y cortés, llorando y sonriendo según las circunstancias, siendo variada, siendo multiforme, engañando por instinto, mintiendo por necesidad fisiológica, olvidando sin saber por qué, y amando sin saber por qué, siendo la mujer, en fin, la mujer doce veces impura y mil veces adorable, la mujer de hoy, de ayer y de mañana, la eterna muñeca hecha de nervios vibrantes y de blanda carne; acabo de verla palpar cual un ser primitivo dentro de su traje modernísimo, y la visión de su alma de esfinge persiste en mi retina con una intensidad invencible.

Si las actrices españolas fuesen ricas como lo son generalmente las francesas y pudieran darse el lujo de hacer viajes de estudio, me permitiría aconsejar á la señorita Lasheras que en vez de ir á San Sebastián este verano, viniese á París ó á la playa que el Vaudeville escoja para su temporada estival, y que observase la manera de Rejane. — Porque según mi opinión, la señorita Lasheras es una de las actrices jóvenes de España que mejores cualidades poseen para llegar á ser una admirable comediante. Por lo pronto es muy bonita. Fina de talle y fina de maneras, sabiendo andar y moverse y permanecer de pie sin que las manos la estorben; con fisonomía expresiva y dos grandes ojos oscuros que dicen lo que quieren y que lo dicen sin violencia y sin vulgaridad; sabiendo sonreír y sabiendo hablar, en fin, tiene ya lo indispensable. Lo único que le hace falta ahora, es saber sacar partido de ello.

La Rejane se lo enseñará. — La Rejane le hará

ver que no hay necesidad de ser muy linda para parecerlo y que con dos ojos elocuentes y una boca sensual, puede una mujer de talento afrontar los más difíciles papeles y parecer admirable. La Rejane le enseñará también á ser armónica, á expresarse con todo el cuerpo, á modular la voz conforme á las actitudes, no moviendo nunca las caderas más de lo necesario, pero moviéndolas como se debe; le enseñará á ser gata y serpiente, á ondular, á suprimir los ángulos rectos de los ademanes y á emplear siempre las líneas curvas... La Rejane le enseñará, en fin, á ser sincera en el teatro.

¡Ser sincera!

Un actor del Vaudeville quejábase en otro tiempo de que, cuando la ilustre actriz representaba una escena de amor y de besos apasionados en la cual él hacía de galán, siempre recibía dos ó tres mordiscos dolorosos en el cuello y en los labios.

Sólo que esto último tal vez la señorita Lasheras no querrá aprenderlo...

* * *

SÁBADO. — ¡Recuerda usted, querido Fuente, aquellas violentas discusiones sobre la patria y las patrias, que animaban en otro tiempo nuestra monótona vida de forzados del trabajo? Usted y yo, unidos por un vínculo de humanitarismo y de buen gusto, combatíamos siempre á los patriotas egoístas é inconscientes, y para apoyar nuestros razonamientos invocábamos la autoridad de escritores tan famosos como Julio Lemaître y Maurice Barrès.

Si hubiésemos de comenzar de nuevo á discutir sobre el mismo asunto, sería necesario que buscásemos otros filósofos en nuestro apoyo, pues lo mismo Barrès que Lemaître han dejado ya de ser los libres pensadores de otro tiempo, para convertirse en patrioteros idólatras del militarismo y enemigos de todos los pueblos que no son el suyo.

Barrès dice lo siguiente en su última conferencia: « Cuando un francés hijo de extranjero me habla, desconfío de su palabra, aun creyéndole sincero. Porque la verdad alemana ó inglesa no es la verdad francesa y hasta puede envenenarnos. »

Que un abisinio de pura raza hablara así, podría comprenderse. Pero que así se exprese un francés cuyos abuelos fueron españoles é italianos, un francés nacido en Nancy que es una encrucijada donde las razas del Norte se unen y se mezclan, un francés moderno, en fin, es incomprendible.

El patriotismo que podría llamarse militar y que tiene por límites las fronteras trazadas por un sable afortunado, es, á más de odioso, incomprendible. Es odioso por obligarnos á odiar á los pueblos vecinos. Es incomprendible, porque trata de hacer, de acontecimientos puramente materiales, una escuela de sentimentalismo nacional.

En el fondo yo soy tan patriota como Barrès, pero de otro modo. Soy el patriota de mi raza. Adorar á mi país cual Barrès adora el suyo, me sería imposible, porque una nación me parece demasiado pequeña... El que adora á su ciudad natal cuando esa ciudad tiene una historia, y está rodeada de pintorescas colinas, y posee una catedral antigua ó una torre admirable, tiene razón. También la tiene el que, vieu-

do más allá de las fronteras políticas, busca á un grupo de pueblos un lindero ideal que los separa de otras razas, y los ama con amor exclusivo. Pero el que no considera como Patria sino el territorio mandado por un mismo gobierno, no tiene razón.

¡ La Patria ! ¡ Cuántos crímenes se cometen en su nombre ! En su nombre se hacen las guerras odiosas. Para obligar á los pueblos ignorantes á respetar las instituciones caducas, se invoca su nombre. Su nombre sirve para ocultar las infamias, para callar las verdades, para glorificar á los criminales. En nombre de la Patria « antigua », « secular », « de nuestros mayores », la rutina reina eternamente. Todos los actos crueles que registra la historia, tienen su origen en la idea de Patria... La Patria, en fin, desde el punto de vista de los políticos profesionales, es como las religiones explotadas por el clero.

Y la Patria que Barrès y Lemaitre defienden, es ésta: la política, la de los generales, la de los diputados, la de los ministros; la Patria en cuyo nombre se dice aquí: « Aunque ese hombre sea inocente debe continuar en presidio para conservar el prestigio de los tribunales »; la Patria en cuyo nombre se dice allá: « Respetemos á los generales, aunque no sean dignos de Respeto, porque representan nuestro honor nacional »; la Patria terrible y temible, contra cuya falsa grandeza debieran luchar los intelectuales lo mismo en Rusia que en la China.

* * *

DOMINGO. — Los banquetes de *La Pluma* han desaparecido.

En una comedia de Feydau ó de Gandillot, un personaje pregunta:

— ¿ De qué pueden hablar los veinte mil volúmenes que aparecen cada año en París ?

Y el otro personaje responde majestuosamente, después de reflexionar con una gravedad digna de Pierrot.

— ¡ De todo !

París, en efecto, es la única ciudad del mundo que publica libros sobre asuntos que en otra parte apenas servirían para un artículo.

Hace algún tiempo encontré en un puesto de los muelles una obra muy voluminosa titulada *Las Comidas Artísticas y Literarias* por Augusto Lepage. Lo compré por curiosidad y se lo enseñé á mi amigo Salamero con admiración:

— ¡ Un libro entero sobre las comidas mensuales ó semanales de los pintores y de los poetas ! Apostemos á que usted no lo conocía !...

Pero si lo conocía. Salamero conoce (al menos por el forro) todos los libros de todas las épocas y de todos los países.

— En Francia — me dijo — se han publicado más de diez volúmenes sobre el mismo asunto. En 1881 existían en París trescientas veinte y tantas comidas artísticas, y todas han tenido historiadores.

Si en 1881 las comidas eran trescientas, estoy seguro que ahora son por lo menos tres mil. Fundar banquetes periódicos es una manía tan parisense como erigir estatuas y burlarse de los ministros.

Cien personas se deciden á admirar á Zola, y lo primero que hacen es fundar la comida mensual de los Zoládratas. Otras cien tienen la firme intención